

de las pequeñas contrariedades de nuestra situación.

Mi hermano, el príncipe J., el baron H. y yo, tomamos una de esas carretelas raquíticas y temblorosas. Nos empaquetamos sumamente estrechos en este corto lugar, y partimos al galope furioso. Los caballos viejos, estiraron los miembros, y nuestro Hipólito los puso en movimiento mediante un palo largo y unos gritos terribles. Si os imagináis á nuestro cochero, un griego delgado y atléptico, con el antiguo resplandor semejante á la divinidad, sobre su altiva cabeza, estais enteramente equívoco. Apenas tenia cuatro pies de altura, pero suplía lo que le faltaba de estatura con un monstruoso "fez" el cual no como sus paisanos la llevaba alsada y recta como una gorra "Phrygian." Tenia una corbata negra en el pescuezo fuera de la cual salia un cuello de camisa igualmente raro al traje nacional, y parado como vicera; en cuanto al resto estaba vestido con la "fustanella," los "spencers," y las polainas.

El baron K., trató de hacerle entender en italiano (que es el medio ordinario en Oriente de comunicarse) que no llevase el carruaje con tanto descuido por los malos pasos. Sin embargo continuó tirando de las riendas, y apretádoles á lo

caballos con sus gritos discordantes. Muy pronto descubrimos que no podia ver ni los caballos ni el camino por donde íbamos, con esa especie de "steeplechase" puesto que su gran vicera de su gorra le cubria el punto de vista. De repente se levantó, alzó la barba la que tenia cubierta con un pelo colorado, se subió la entremetida vicera á dos manos, y con sorpresa fijó la vista en el tronco de caballos; despues de esto se volvió á nosotros y nos preguntó en aleman si queriamos ir más despacio. El Baron K. le aseguró que este era nuestro más vehemente deseo. A esto supimos que habia aprendido algo de aleman de los soldados Báv aros, pero desde la emancipacion del yugo aleman y del ódio al extranjero, parecia que habia abandonado sus estudios.

Precisamente frente á la ciudad, y al principio de una hermosa avenida, nos detuvimos para visitar las ruinas de la antigua fortaleza griega de Tyrene. Su origen se ha perdido en las fábulas, y las murallas parecen ser obra de Cyclopes. Más bien nos podiamos imaginar estas en un monton de restos de lava, que en un edificio hecho por el hombre, y en el que el arquitecto habia hecho justicia al suelo nativo de Héroules.

Pero el dia comenzaba á declinar, y no podiamos quedarnos aquí, tanto cuanto lo pedia el in-

terres del lugar. La avenida antedicha daba un aspecto civilizado á la entrada de Nauplia. Nos paramos á las puertas de esta con el fin de vagar á pié por la poblacion; desgraciadamente ya se habia oscurecido. La fortaleza parecia sobrepasar á la de Pátras en tamaño y en arquitectura, y tenia el aspecto de una poblacion italiana, lo que en Pátras solo se echa de ver en los suburbios. Esta última, sin embargo, es más hermosa y más favorecida por la naturaleza. Como que la noche no nos daba lugar á estudiar detalles, les permitimos el que nos condujese á la bahía, adonde un bote de nuestro digno "Vulcano" nos llevó á bordo.

Las sensaciones que tuvimos al entrar al buque fueron como si despues de una larga separacion hubiéramos vuelto á nuestros lares. Nos regocijamos con pisar de nuevo la cubierta y despues en la tranquilidad de la noche recojer el pensamiento en el pequeño y cómodo camarote, y pasar en revista los frescos y variados cuadros grabados en la mente. En ningun lugar se puede meditar mejor como precisamente en este estrecho cuartito, entre el cielo y el mar, y yo aconsejaría á todo filósofo de alojarse en el rincón de un buque.

En el camarote de popa adonde generalmente

comiamos, nos encontramos con la fruta la más magnífica, que la esposa del cónsul habia enviado al capitán. Una verdadera maravilla de la naturaleza se hallaba entre esta fruta, en forma de un racimo de uvas, dos piés de largo que naturalmente nos hizo recordar el admirable "especimen" de Canaán, que habia encantado á los Hebreos alimentados por el maná, lo mismo que á nosotros este. Lo colgamos al techo del camarote sin probarlo, de suerte que la fruta más baja tocaba la mesa. Cuando más tarde por la noche subimos sobre cubierta, la luna brillaba con toda la magnificencia meridional, en el golfo y su romántica playa, sus rayos jugaban levemente en las ruidosas olas, tras de las cuales en la sombría oscuridad de esa noche meridional, se desprendian los techos y las torres de la poblacion, y sobre todo y cual vigía gigantesco se alzaban las parduscas Palamides. En medio del plateado espejo, bañado por la suave ola estaba brillando con la luz de la luna la fortaleza de If, cuya arquitectura y nombre revelan su origen turco. Ahora sus torres que se elevan de la pequeña prominencia, sirven de prision. Era como una de esas escenas de las novelas de Sir Walter Scott, y á cada instante esperaba ya oír el sonido parejo de los remos de un libertador. Más en esta noche los po-

bres prisioneros tenían que suspirar en vano; también pienso que apenas hubiéramos encontrado alguno entre ellos digno del título de héroe de romance. Mas pronto que de costumbre reinaba el silencio en el alcázar del buque. El sueño desplegó sus alas sobre los alegres viajeros; solo á veces oíamos entre sueños, el tranquilo "todo está bien" del vigil ante de la noche. Estábamos ya á toda luz ántes de que hubiese despertado la comitiva, fortalecida para nuevas empresas.

Habíamos destinado la mañana á visitar Nauplia. La poblacion existia en tiempo de los antiguos griegos, aunque no tenia importancia. Tiene que dar las gracias al espíritu creativo de la república veneciana, por sus magníficas fortificaciones, arriba de cuyas puertas cabriola el leon de San Marcos con sus alas desplegadas; fué arrancada de las manos de los turcos por los griegos. En este lugar fué donde por vez primera—recibieron á su nuevo gobernante, el que vivió por algun tiempo en una casa miserable, en un pequeño lugar de esta poblacion, y solo años despues escogió á Atenas para su capital.

Primero visitamos el arsenal; se hallaba en el lugar que le habian destinado los venecianos. Como que los griegos se abastecen de todo el material de guerra de países extranjeros: unas cuan-

tas barracas levantadas al rededor de la muralla esterna, son suficientes para componer sus armas y otra clase de trabajo en pequeño. Las disposiciones nada tienen de notable y este arsenal solo es interesante á aquellos que simpatizan con las luchas progresivas de esta gente por tanto tiempo subyugada.

Como que el comandante tuvo la bondad de conducirnos por todo el edificio, y explicárnoslo todo, el Príncipe J. como soldado distinguido, hizo algunas observaciones que le eran muy lisonjeras. De allí nos fuimos por las calles que tenían el estilo oriental, hácia la entrada por tierra de la fortaleza.

Despues de un rato nos encontramos al pié de las afamadas Palamides. La roca se eleva magestuosamente del seno de la tierra, solo un costado está unido á la cadena de montañas. El colorido varia de amarillo ó encarnado; aquí y allí crece el pulposo cactus de flor amarillosa, cuya fruta es muy apreciada por los nativos. Hácia el mar los escalones de mármol, con un parapeto y baterías, conducen arriba de la fortaleza. Desgraciadamente a cada momento se oscurecia mas, y al fin comenzó á caer un aguacero. Esto sin embargo, no nos impidió el que subieramos los

seiscientos noventa y nueve escalones que conducen al interior del nido del águila.

Una guardia de cazadores griegos nos recibió en la puerta. De las baterías más altas teníamos una vista de la ciudad á vuelo de pájaro. Esta se halla situada en la base de las rocas, que se ensancha en un promontorio que rodea el golfo. Los edificios á esta distancia parecían bastante bien, para un país tan pobremente poblado. Ante nosotros teníamos una red de calles y plazas, por las que los ocupados habitantes iban y venían. Las iglesias, las casas, los grupos de árboles — todo parecía más chico de lo que eran, cercado por las potentes murallas venecianas; y el plano de la ciudad no podía haberse tomado con más claridad que como se nos aparecía desde la altura de las Palamides. Desde la población hasta el llano conducía una calzada angosta entre el mar y las rocas, desde donde una segunda población, con alegres casas, parecía desmenuzarse contra la montaña.

Al pié de esta nueva colonia se halla un gran peñasco, en cuyo costado está tajada la imagen colosal de un león herido, fué colocada allí por el Rey Luis, como recuerdo de los Bivaros que habían sucumbido en Grecia. A la distancia y por entre un sutil velo de niebla, vimos á Argos y las

peñascosas y gigantescas murallas por las que el día anterior habíamos pasado por una estrecha puerta. Tras las Palámides se elevan montañas aun más altas, y que tan solo están separadas del interior de la fortaleza por un gran foso tajado en la piedra.

De acuerdo con las tácticas nuevas, se vieron obligados á construir una obra de avanzada sobre este punto culminante para seguridad del lugar; pero aquí se baten hombre á hombre, como en los viejos y buenos tiempos de la caballería andante, pues no envían de la distancia proyectiles destructivos. Los Palamides tan solo fueron fortificados por los venecianos para proteger la bahía. El interior del lugar, está lleno de casas de habitación y cuarteles que están en el terreno más quebrado.

El desorden espantoso que reina aquí es casi tan notable como las grandes ruinas venecianas. Los soldados tienen un aspecto de ladrones zate-ros, y aun el comandante era bastante brusco y ordinario. Después que hubimos andado por todo el lugar con sus baluartes, alturas y cavidades, bajamos los seiscientos noventa y nueve escalones, que se habían puesto resbalosos con la lluvia, y anduvimos vagando por las calles de la población. Las casas en su mayor parte son altas

y angostas y con un balcon en cada piso. En el piso bajo habia unas barracas que se extendian hasta las oscuras y estrechas calles.

Las iglesias bastante numerosas están erigidas al estilo Bizantino. Nos fué enseñado un lugar de un aspecto que nada tenia de iglesia, destinado al culto católico. El cónsul nos dijo que los católicos eran perseguidos por todos lados en estas poblaciones. La comunidad griega esperece los cuentos mas ridículos tocante á éstos; relatan que el clero sofoca á los moribundos al administrarles la Estrema-Uncion, desuerte que los habitantes siempre que pueden interrumpen el culto.

En una de las plazas pequeñas vimos un sarcófago de mármol bastante bien esculpido este contiene los restos de Ipsalanti, y fué levantado en honor de este héroe por sus hermanos. La casa y plaza adonde vivió el Rey Othou son insignificantes. Nos interesó mas una de las restantes casas de tiempo de los turcos. Solo se conservaba por un milagro. Los pilares y el enrejado del balcon proyectante (arquitectura cuyo género vimos mas tarde en perfeccion en Esmirna) estaban podridos y viniéndose abajo, y sin embargo la apariencia de estas formas curiosas y colorido brillante era pintoresco y desde luego se

realizan mis esperanzas; pero cuanto mas se exitó mi imaginacion cuando de una de esas estrechas aberturas ví á una hermosa señora asomada, y vestida con el traje Europeo. Un individuo delgado con una casaca corriente, estaba parado trás de ella. De dónde vinieron estas apariciones como de sueño se quedó sin explicacion. Solo á una pareja Inglesa podia haberle ocurrido la idea de enterrarse en estas ruinas.

Sobre una de las murallas de la fortaleza y junto al mar hay una hermosa palma-dátil de trescientos años, cuya imponente altura no se ostenta de lleno por estar enterrada en la tierra una gran parte de su delgado tronco. Al mostrar nuestro deseo de obtener alguna de la fruta que crecia en la punta, un griego de talle elevado con unos calzones anchos y azules, se trepó al árbol con gran celeridad, y distribuyó los verdes dátiles entre los que le rodeaban; aunque el clima es tan hermoso, la fruta no estaba enteramente madura, y caía inútilmente al suelo.

Cerca de la palma hay un pozo turco embutido en la muralla de la fortaleza, con textos del Coran, que el carácter religioso de los Mahometanos coloca en todas partes. Tuvimos forzosamente que admirar su habilidad para dar con hermosos sitios para los pozos, tal como este, al pié

de la palma; la vista del golfo es tan magnífica! Volvimos al muelle, y remamos para irnos á bordo del "Vulcano" y dijimos adiós á Napoli di Romania para dirigir nuestro curso hácia Piræus.

FIN DEL CAPITULO III.

CAPITULO IV.

ATENAS.

Setiembre 14 de 1856.

A las cinco de la mañana fuí despertado en mi pequeño camarote por una exclamación que "Atenas esta ba á la vista".-Lo mismo que á los cruzados con la primera vista de Jerusalem, nos sucedió á nosotros—todos nos lanzamos á la cubierta del buque, con el fin de contemplar el principal objeto de nuestro lejano viaje. La curiosidad y el placer estaban retratados en todos los semblantes, y la mirada escudriñadora abarcó todo. Las azuladas olas del espumoso mar, jugaban en la ancha y amarillenta playa; algunas veces elevándose mas y otras bajándose al nivel del mar. La llanura se estendia sin vejetacion, pero revesti-